

## RESEÑAS DE LIBROS

MARIO OJEDA, *Alcances y límites de la política exterior de México*, México, El Colegio de México, 1976.

La política exterior de México siempre ha sido defensiva, nos dice Ojeda. "En el pasado, las amenazas extranjeras eran más fáciles de identificar, y al menos la política exterior tenía posibilidades de encauzarse con mayor claridad a servir los intereses nacionales." Es decir, que mientras estuvo en peligro la vida independiente del país al momento de su independencia, o la integridad territorial frente a la amenaza norteamericana y francesa, los bandos nacionales eran fáciles de identificar: o se estaba con la nación o en contra de ella.

Después de los peligros inminentes de perder la independencia y el territorio, ahora es mucho más difícil identificar los bandos nacionales frente a los extranjeros, pues el problema fundamental ha pasado a ser el de la independencia económica. Este planteamiento adquiere todo su valor cuando el autor analiza la crisis a la que se enfrentaba el país en 1970, después de varias décadas de crecimiento permanente y estabilidad política. Es decir que para esa fecha la conciencia nacional era muy clara en cuanto a que la nación no se había desarrollado conforme a los objetivos de la Revolución de 1910, y que habían surgido obstáculos considerables que el gobierno tendría que enfrentar.

Los objetivos del nuevo programa, tales como la mayor independencia, la disminución de la deuda, la política exterior pluralista y la apertura interna con redistribución del ingreso y ampliación del empleo, eran a todas luces necesarios. En cuanto a los resultados que se obtendrían de la apertura interna y externa que la nación exigía, los juicios del autor son un tanto tentativos, es decir, el balance definitivo quedaría en cierta forma en el punto inicial, pues aunque se tomaron decisiones de trascendencia, los resultados no fueron los que se esperaban al haberse debilitado los fundamentos estructurales de la independencia económica.

En gran medida los resultados fueron inciertos debido a la extraordinaria complejidad de los problemas que se tenían que enfrentar, pero también cabría señalar que los instrumentos no siempre correspondieron a los objetivos que se perseguían. En ocasiones se trataba de un instrumento equi-

vocado; en otras, de plantear objetivos sin contar con los instrumentos que permitieran su consecución y, finalmente, por algunos errores evidentes que llevaron a costosos excesos para la nación.

Una parte de la evaluación del trabajo de Mario Ojeda habría que revalorizarla en torno a la confrontación de los objetivos que se proponía el país con los instrumentos que se utilizaron y con las críticas que el autor sugiere a las decisiones de política externa. Puesto que la principal crítica a las acciones de política externa (aparte de los excesos del último año) giran en torno al déficit de la balanza comercial, la imposibilidad de diversificación económica externa y al "círculo vicioso" del endeudamiento externo, cabría mencionar que el debilitamiento que resultó en estos sectores correspondió en medida considerable a la sobrevaluación de la tasa de cambio que por una parte restó dinamismo al sector exportador y propició importaciones innecesarias; y, por otra, fue una de las consideraciones que más contaban para no realizar algunas reformas indispensables al inicio de la década de los años setenta. Esta omisión es de fondo, pues al no tenerse en cuenta se pierde la posibilidad de ponderar el peso específico de algunos otros elementos y políticas económicas, para la explicación del considerable debilitamiento de las bases económicas de la independencia nacional.

Nos parece que el análisis económico del trabajo de Mario Ojeda, que por lo demás es muy cuidadoso y completo, no constituye la parte medular de la aportación de este libro.

El análisis de la estructura de poder en el mundo a partir de la segunda guerra mundial y el impacto de ésta en México consiste, en palabras del propio autor, en un "esbozo". El esbozo es bastante completo y no fue posible encontrar contradicciones en él. Se llega a la conclusión de que se trataba de una síntesis muy bien lograda de las transformaciones en la estructura mundial y sus efectos sobre México.

Cuando el autor se refiere a la relación específica de Estados Unidos con América Latina y con México, empieza a perfilarse una de las hipótesis centrales de su trabajo, en torno a la mayor independencia relativa de México respecto de otras naciones latinoamericanas que, a través del análisis de las posiciones mexicanas frente a distintas crisis hemisféricas y las posiciones mayoritarias en la OEA, va comprobándose paso a paso. México no aprobó las resoluciones condenatorias en contra de Guatemala en 1954 y de Cuba en 1962 y 1964, y se opuso a la intervención norteamericana en la República Dominicana en 1965. México tampoco ha aceptado la militarización del sistema interamericano ni ha hecho depender la fortaleza de su fuerza militar del apoyo externo. Asimismo, en el terreno económico, la posición mexicana frente a la inversión extranjera ha tenido características distintivas frente a la mayor parte de las otras repúblicas hermanas. El autor presenta con especial lucidez el análisis de la actitud mexicana frente a la Revolución cubana.

Sobre la base de la presentación de las características distintivas de la política exterior mexicana frente a las de los otros países latinoamericanos,

Ojeda llega a una proposición fundamental, que es la siguiente: "Estados Unidos reconoce y acepta la necesidad de México a disentir de la política norteamericana en todo aquello que no resulte fundamental a México, aunque para los Estados Unidos sea importante, mas no fundamental. A cambio de ello México brinda su cooperación en todo aquello que siendo fundamental o aún importante para los Estados Unidos, no lo es para el país." Es aquí donde surge la principal aportación de este trabajo, que nos lleva directamente al análisis de las vinculaciones entre la política exterior y la política interior.

Mario Ojeda presenta con gran claridad la importancia que para la estabilidad interna del país representa su política exterior, por dos vías distintas: una, que podríamos llamar de legitimación interna, y otra, correspondiente a los controles políticos directos.

La política exterior de México está inscrita dentro de una tradición revolucionaria para la cual las fuerzas revolucionarias externas siempre han merecido respeto, mientras que las fuerzas contrarrevolucionarias han sido objeto, si no de críticas, por lo menos de una actitud despectiva. En esa tradición, una política exterior abierta, sobre todo después de una amplia crisis de legitimación como la ocurrida en México en 1968, resultaba ser un punto de apoyo sustantivo para ampliar la legitimidad del gobierno, sobre todo frente a los sectores intelectuales y estudiantiles, o, si se quiere, para quitarle las banderas a una oposición política en potencia.

La manera en que se logra el efecto en la política interna no es sólo legitimando la ideología del gobierno frente a sectores inconformes, fundamentalmente de izquierda, sino incluso a través de expedientes directos tan efectivos como lo sería quitar el apoyo político, militar y económico a fuerzas que se opondrían al gobierno; este efecto directo es ilustrado por el autor con la posición cubana frente a México, que no llevó al gobierno cubano a apoyar movimientos armados en contra de las instituciones mexicanas. En el análisis de la relación entre la política exterior, el nacionalismo y la estabilidad interna, el autor se desenvuelve con extraordinario equilibrio y brillantez profesional.

Esta relación fundamental de la política externa con la interna lleva a la preocupación inicial de distinguir entre los bandos que defienden la soberanía del país y quienes se oponen a ella. En este orden de inquietudes, para terminar, cabría plantear algunas preguntas que se desprenden de la obra de Mario Ojeda: si un gobierno nacionalista tiene que desarrollar una política económica populista que después de un tiempo lo debilita ante el exterior, o bien, si un gobierno desarrolla una política pluralista en el exterior y con ello coopta a las fuerzas de oposición a cambio de sacrificar objetivos propios, entonces, ¿ese gobierno qué tanto logra actuar a favor de los intereses de la nación? Y esta pregunta nos lleva a una segunda, que buscaría reconocer si los obstáculos fundamentales para el avance de la nación se encuentran en el interior de la sociedad o en su vinculación internacional. Este tipo de preguntas son difíciles de contestar en el plano más

general, aun cuando se confronten desde una sola disciplina teórica los objetivos con los instrumentos.

Por encima de la crítica propia de una disciplina racional, a un nivel superior aparece una fórmula que aglutina el contenido de la obra, que es la posición ideológica. La objetividad del autor no lo lleva a perder su firmeza nacional; de ahí que además del interés académico del libro estemos ante una obra pedagógica que requiere una amplia difusión.

LEOPOLDO SOLÍS

CÉSAR SEPÚLVEDA, *La frontera norte de México. Historia, conflictos, 1762-1975*, México, Editorial Porrúa, S. A., 1976.

El título de este libro indica la región de la que se va a ocupar el autor, parece que con el propósito de atender, por una parte, a su historia (de poco más de dos siglos, 1762-1975) y, por otra, a los conflictos que en ella han tenido lugar. Quizá el intento de separar la historia de los conflictos, en esa región, presente muchas dificultades, pues, si alguna región de México se caracteriza por su historia conflictiva, es la frontera norte. No obstante, el autor presenta ambas cuestiones en síntesis muy apretadas, pues son sólo 155 páginas de texto. El resultado es que en la primera parte del libro el énfasis está puesto en la versión histórica conocida de los sucesos anteriores a la firma del tratado de Guadalupe Hidalgo, y en la segunda, en la presentación de los más conocidos conflictos fronterizos de los siglos XIX y XX.

Por lo que se refiere a la historia, es sorprendente que, en relación con los ajustes territoriales (que es de lo que trata este libro) por los que ha tenido que pasar la república y después de más de un siglo, no se puedan estudiar las relaciones con los vecinos del norte sino con la pauta que trazó Lucas Alamán (p. 50).

Ciertamente, en este texto hay el intento de añadir nuevos elementos para presentar la historia de la frontera norte de México, independientemente de los modernos que el autor aprovecha y que naturalmente no pudo conocer Alamán. Empieza con noticias de lo sucedido en el siglo XVIII, pero al llegar a 1821 y enfrentarse al cambio de soberanía de lo que fue una porción de la Comandancia de Provincias Internas no introduce variaciones de importancia a lo que don Lucas y los autores de la literatura de agravios (Esquivel Obregón, Carreño, García Cantú) han escrito.

Evidentemente Alamán fue funcionario inteligente e interesado ("comprometido", diríamos hoy) que supo reconocer los problemas nacionales y exponerlos con fuerza. Pero no hay que olvidar que la interpretación de los hechos que él hizo fue como portavoz de un partido político, en la última época de su vida, cuando con naturalidad y sin ambages los que se adherían